

3 INTRODUCCIÓN

EL presente trabajo es un estudio sobre una colección de novelas que llevó el nombre de La Novela Rosa, que se editó entre los años 1924 y 1939 y alcanzó extraordinaria popularidad. En ningún caso es un trabajo sobre el género literario de igual nombre, que disfrutó también de gran aceptación popular.

LA NOVELA ROSA Y «LO ROSA»: EL NOMBRE DE LA COLECCIÓN

OTROS, con mayores conocimientos o mayor arrojo que el que esto suscribe, han definido y teorizado sobre el «género rosa», aunque ninguno haya sabido fijar a ciencia cierta el porqué de tal denominación.

En cuanto al origen del nombre que se le atribuye, a pesar de haberlo rastreado con mucho detenimiento, comprobamos que no se puede señalar en qué momento exacto se acuñó el término «rosa» para definir un tipo de narraciones, generalmente de corte sensiblero-romántico, de escasa calidad literaria (a decir de los expertos) y principalmente dirigido a un público femenino. Ahora bien, creo firmemente que, si bien la colección La Novela Rosa no dio nombre al género literario, sin ningún género de dudas ayudó a su definitiva fijación.

Y ello, sobre todo a partir de los años cuarenta, con la entronización de autores como Rafael Pérez y Pérez, y las hermanas Linares –Concha y Luisa María–. Aun así, ninguno de estos tres escritores se consideraba a sí mismo prototipo de dicho subgénero. El primero, porque era un autor que cultivó el género histórico-

romántico-novelesco; y las segundas, porque siempre se sintieron totalmente ajenas al género romántico-pasional «de baja temperatura», importado generalmente de Francia: ellas siempre se consideraron autoras de novelas «modernas», según los cánones de la época. De cualquier modo, a ninguno de los tres mencionados puede negárseles calidad literaria, aunque solo sea en lo formal, que es muy superior a todo lo que vendría después, ya siguiera siendo «rosa», o ya se inclinara, más tarde, hacia lo inequívocamente erótico-pornográfico.

No sabemos a ciencia cierta cuáles fueron los motivos de los que acababan de fundar la Editorial Juventud —entre otros, Julio Gibert Mateus, José Zendera Fecha y Fernández de la Reguera (parece que fue este el que tuvo la idea de iniciar la publicación de La Novela Rosa)—, para denominar con ese título a su primera colección y, por cierto, una de las más rentables.

La explicación más verosímil puede ser el intento de emular al modelo francés: no se olvide que la revista *Lecturas*, de la que se hablará más adelante, era deudora de otras publicaciones francesas de probada moralidad, buen gusto y casi militantes en lo religioso. En su mayoría, estos relatos tenían un trasfondo romántico y en Francia fueron llamadas por ello *romans roses*; de ahí que, aunque en España, por esta inocencia en el terreno de lo moral, fueran tenidas por «novelas blancas», en su traducción al castellano, se utilizara el adjetivo francés «rosa», que engloba conceptos como amable, tierno, suave, etc. Por ello, el nombre La Novela Rosa venía como de molde para denominar a una colección dedicada principalmente a lectoras, pero que en ningún caso menospreciaba a los varones.

LA SELECCIÓN DE LOS AUTORES Y LAS OBRAS

EL hecho de ir destinada a un público heterogéneo permitía que bajo el paraguas de La Novela Rosa pudieran cobijarse autores como Palacio Valdés, Rosalía de Castro, Gabriel Miró, Concha Espina, González Anaya, Muñoz y Pabón, junto con Pérez y Pérez, Linares Becerra, o María Mercedes Ortoll, entre los autores patrios. Y mezclar, asimismo, entre los foráneos, a autores de distinta procedencia y estilo: y así, se reunieron, de rodos ellos, novelas de aventuras, novelas costumbristas, novelistas católicas (especialmente las francesas), etc.

La única nota en común que se exigía a las obras seleccionadas era su moralidad, con lo que cualquiera obra que no ofendiera el pudor y no atentara a las buenas cos-

tumbres cabía dentro de la colección. De ahí que no fue extraño que encontraran allí acomodo autores de tan distinta condición, procedencia e, incluso, ideología.

Vamos a ofrecer algunas pinceladas acerca del criterio que siguió la editorial para seleccionar sus obras.

Vemos, así, que en la «nota biográfica» que presenta el número 8, *El novio desconocido*, de Éveleine Le Maire, se dice: «Es una notable escritora francesa, autora de un buen número de novelas de las que pueden estar en todas las manos...».

En el «breve apunte crítico» del número 25, *El sueño de Antonia*, casualmente sobre la misma autora, se dice «Cuando una mujer es escritora, es muy raro que no revele una de estas dos tendencias: o la decididamente filosófica y doctoral, o la francamente banal del cuentecillo inocente o la novela superingenua. (A nosotros, entre paréntesis, no nos convienen ni las primeras ni las segundas: aquellas son demasiado para nosotros, estas son demasiado poco para los selectos lectores de La Novela Rosa). Éveline Le Maire ha sabido situarse en ese difícil término medio, que es el símbolo de la discreción y el buen gusto».

En la «breve nota biográfica y crítica sobre la autora» del número 75 *Las hijas de la Señora Aymere*, de M. Maryan, se dice: «Sus novelas interesan sobre todo a las muchachas solteras, a las que la autora se desvive por aleccionar y preparar para ser felices en el matrimonio».

Este espíritu se mantiene en «la breve nota preliminar» sobre la autora británica Elinor Glyn elegida para el siguiente número, el 76, *La conquista de la esposa*; allí leemos: «Elinor Glyn, escritora cuyas novelas, por lo general, no pueden ponerse en todas las manos, tiene también obras, como la presente, que pueden publicarse muy bien en una colección de novelas blancas».

Nuestro público (aprovechamos esta oportunidad para hacerlo constar) puede leer cuantas novelas se publiquen en La Novela Rosa, sean del autor que fueren, sin temor a que nos desviemos lo más mínimo de nuestro propósito de divulgar esa literatura cuya divisa y cuyo requisito primordial es la moralidad. Por otra parte, no creemos que pueda extrañar a nadie esta fusión de autores, pues es una costumbre que se sigue hasta en los países donde la literatura blanca está más difundida. En Francia, por ejemplo, se mezclan en una misma colección hasta las novelas blancas y las que no lo son, señalando aquellas con un asterisco.

Nosotros no podemos seguir este sistema, pero sí publicar obras de autores de una y otra índole, siempre y cuando dichas obras se ajusten, como *La conquista de la esposa*, al carácter de nuestra publicación».

En el «breve apunte crítico» sobra la autora francesa Jeanne de Coulomb, al presentar el número 89, *La que quiso volar*, se dice: «Con Maryan, Ardel, Chantepleure, A. Pujo, Évelyne Le Maire, D'Assenoy, forma en Francia la primera fila de escritores de este género de literatura que cultiva la novela rosa y que tiene su base en lo moral, lo hermoso y lo ameno».

Por fin, terminamos con la referencia de la editorial al número 259, *El guardia de «Los zagales»*, de la misteriosa autora que se escondía bajo el pseudónimo Julio Mario: «Se trata, en fin, de una novela «rosa» con méritos bastantes para que satisfaga plenamente a los lectores de esta popular colección, eminentemente familiar».

Como muestra, presentamos también la opinión de uno de los autores seleccionados, José Pin y Soler, sobre su obra *Alicia*, que lleva el número 32 de la colección: «Esta novela de amor puro y casto, va dedicada a las muchachas españolas. Ellas son el encanto, la pureza, el ornato, lo mejor de cada casa; son, sobre todo, las laboriosas abejas que fabrican la miel y la dan generosamente.

A todas dedica el autor este libro, que podrán leer las sabias y las que no llegan a serlo, las melancólicas y las risueñas, las devotas y las que rezan poco.

A todas desea el autor prosperidades sin cuento, buen juicio y humor alegre».

Terminamos, para que el muestreo tenga un tercer punto de vista, esta vez con las palabras de un crítico, Joaquín Hazañas y de la Rúa, en el prólogo a *El buen paño* (número 51), de J. Francisco Muñoz y Pabón: «A *El buen paño* es, además, aplicable lo que no hace mucho dije de todas las obras de su autor: que tiene un alto sentido moral, que puede ponerse en todas las manos, pues no es solo que no hace daño, es que puede hacer mucho bien».

Cuanto más he ahondado en las circunstancias de los escritores que conformaron la colección, más estoy de acuerdo con Concha Linares Becerra cuando decía en *La Estafeta Literaria*:

«No existe novela rosa. Yo escribo novelas modernas [...]».

La Novela Rosa era una cuidada colección literaria que un editor de Barcelona lanzó hará unos veinte años y en la que entre seleccionadas firmas extranjeras, publicaba obras de Palacio Valdés, Concha Espina, Gabriel Miró, Pérez Lugín, Díaz Caneja, Martínez Olmedilla, Aguilar Catena...Y en la cual me di yo a conocer un decenio después, sin que una voz de crítico se alzara para otras cosas que para acogerme calurosamente. Cultivaba cada uno de los citados escritores su género y ni ellos ni yo fuimos calificados por el título de una colección que igual que se llamó rosa, pudo llamarse azul marino [...].

Yo cultivo la novela moderna, en la que los personajes son seres humanos, imperfectos por lo tanto; novela de mucho argumento, ágil en la acción, bañada en un humorismo suave y por un sentimentalismo normal, sin estridencias de folletín ni cursilerías. Cuido, además, mucho la pureza idiomática, el color descriptivo, la intriga...».¹

Concluimos con la idea de que la colección La Novela Rosa, bien pudo dar nombre a un género que con el tiempo fue perdiendo calidad literaria, por lo que su denominación adquirió un tinte peyorativo; pero, desde luego, en aquel catálogo se agrupó a una serie de autores que, en muchos, casos poco o nada tenían que ver con lo que hoy entendemos por «género rosa». Dejo al criterio del lector el repaso del catálogo para que sea el quien saque sus propias conclusiones.

Este estudio se ha centrado en la etapa anterior a la Guerra Civil, principalmente de 1924 a 1936, periodo de normal desenvolvimiento de la colección. A partir de junio de 1936, y hasta la finalización del conflicto bélico, la publicación sufrió continuos altibajos. Aún así, se han incluido todos los números localizados de este intervalo.

Una vez terminada la contienda, se reanuda la publicación de la serie con diferente formato y sin la regularidad de antaño. De esta etapa se ofrece una relación de los títulos publicados, que en gran medida fueron reediciones de la etapa anterior.

También se incluye un listado de los títulos que se publicaron en San Sebastián de 1938 a 1939.

1. *La Estafeta Literaria*, Madrid, a 5 de marzo de 1944.